



IMPERATIVO POSMODERNO. NUEVAS PROMESAS DE FELICIDAD

POSTMODERN IMPERATIVE. NEW PROMISES OF HAPPINESS

AUTORA:

Tocho Jimena Alejandra

jimena1@gmail.com

Eje: Problemáticas actuales y modalidades de intervención en y desde la Psicología.

Tema: Problemáticas actuales en Psicología Clínica, Psicoanálisis y Psicopatología.

Resumen

Se abordarán cuestiones vinculadas a la llamada “promesa de felicidad” como ejemplo del imperativo de la posmodernidad, las consecuencias que de ello se derivan, las características de las presentaciones actuales del malestar y las ¿novedosas? respuestas terapéuticas que se constituyen como soluciones rápidas y eficaces para volver a garantizar la adaptación al mismo sistema que enferma. Se abren interrogantes sobre qué tiene el psicoanálisis para ofrecer frente a estas demandas de curación/readaptación. Se realiza una comparación entre aportes teóricos de Sara Ahmed y Jaques Lacan en torno al concepto de felicidad.

Abstract: Issues related to the so-called “promise of happiness” will be addressed as an example of the imperative of postmodernity, the consequences that derive from it, the characteristics of the current presentations of discomfort and the novelties. therapeutic responses that are constituted as quick and effective solutions to re-guarantee adaptation to the same system that sickens. Questions arise as to what psychoanalysis has to offer in the face of these demands for healing/rehabilitation. A comparison is made between the theoretical contributions of Sara Ahmed and Jacques Lacan on the concept of happiness.

PALABRAS CLAVE: PSICOANALISIS, NEOLIBERALISMO, FELICIDAD, TERAPEUTICA

KEY-WORDS: PSYCHOANALYSIS, NEOLIBERALISM, HAPPINESS, THERAPEUTICS

Este trabajo forma parte de la serie de presentaciones escritas que se hicieron en nombre de la cátedra Psicoterapia I bajo la modalidad de Mesa autoconvocada y que formó parte del I Congreso internacional de la Facultad de Psicología de la UNLP celebrado en dicha facultad en el mes de Noviembre de 2023.

El 10 de diciembre de este último año, se cumplieron 40 años ininterrumpidos desde el retorno de la democracia en nuestro país. Desde el año 1983, se fue produciendo poco a poco una reconfiguración del funcionamiento tanto de instituciones como de universidades públicas. Las carreras de psicología no fueron ajenas a este proceso, se fueron consolidando y fueron teniendo sus propias modificaciones y orientaciones características.

En el caso del estudio de Psicología dentro de la UNLP, con el advenimiento de este proceso democrático y la reapertura de la carrera (interrumpida en su continuidad por el Proceso que se inició en 24 de Marzo de 1976), también hubo reconfiguraciones, tensiones y logros, tal vez, el más importante de ellos haya sido la conquista de la autonomía como facultad en el año 2007 que, sumado al número de ingresantes en ascenso año tras año conlleva a preguntarnos por la elección y orientación de la carrera. Sabemos que la formación académica se ha encaminado hacia algunas áreas principales como ser el área de educación o clínica, y el campo específico de las psicoterapias y el psicoanálisis ha encontrado un lugar de transmisión en nuestra carrera desde aquellos tiempos hasta la actualidad. Los antecedentes de la formación en estos campos nos permiten observar las variaciones sufridas, conforme la época que nos toca transitar sumado al auge de las novedosas propuestas terapéuticas que se destacan en el presente. Por lo cual, así como la formación académica sufre modificaciones, intentando aggiornarse a las demandas actuales tomándolas en cuenta, desde la cátedra de Psicoterapia I también venimos trabajando diversos temas, la relación entre psicoanálisis y psicoterapia, cómo se vinculan ambos campos, qué tensiones existen etc. Pero uno de ellos, es aquel vinculado a la vigencia de la enseñanza del psicoanálisis en la universidad, ¿Y por qué creemos que es necesario enseñar Psicoanálisis en la facultad de psicología? En principio porque hay una razón histórica, porque en sus comienzos aquí en Argentina, hubo una larga lucha de algunos profesionales del campo de la Salud Mental para que el Psicoanálisis pudiera comenzar a transmitirse y practicarse en nuestro país no sólo dentro de la esfera reducida de los médicos de la A.P.A. sino que también pensaban en las universidades y en hospitales generales como lugares de formación y transmisión del Psicoanálisis, con el fin de hacer llegar la práctica analítica a un número cada vez mayor de personas que demostraban tener padecimiento psíquico y que no se reducían al número minúsculo de pacientes que acudían a consultorios privados. En reconocimiento a aquellos profesionales que promovieron la enseñanza y divulgación del Psicoanálisis en las universidades es que consideramos que es necesario continuar con este legado, que sigue vigente en la actualidad.

La segunda razón es porque el Psicoanálisis se trata básicamente de un método de conocimiento que rescata al sujeto en su particularidad, es una práctica de lo singular, del “uno por uno” a

diferencia de otras propuestas terapéuticas, ligadas más bien al discurso médico hegemónico y al discurso psicológico, que intentan llevar su dirección de la cura hacia una estandarización de las subjetividades.

Respecto a otros temas sobre los que venimos debatiendo tienen que ver con lo siguiente: ¿De qué psicoanálisis se trata hoy? ¿Es el mismo que practicaba Freud en sus inicios? ¿Qué perdura de aquella práctica y qué ha cambiado? Y es en los propios fundamentos del Psicoanálisis donde podemos encontrar la respuesta, es decir, es en la estructura de su operación terapéutica y cada uno de los elementos que la conforman lo que lo define y diferencia de otras prácticas Psi, en definitiva es en el tratamiento particular que hace del síntoma donde se sitúa su especificidad. (Pereson Flavio, 2021)

Como integrantes de esta cátedra pensamos también en una transmisión del Psicoanálisis, pero un Psicoanálisis ¿para qué época? ¿Lo que orienta a los sujetos hoy en su vida, se trata de los mismos ideales que comandaban en la época en que Freud creó al psicoanálisis? Por nombrar solo alguno de estos imperativos dominantes de esta época posmoderna: ser hiperproductivos, resilientes, autosuficientes, proactivos, autogestivos, emprendedores, etc. todo ello ¿con qué fin? ¿Sólo por obtener el reconocimiento del otro? tal vez no solo sea por eso, en el horizonte hay una “promesa de felicidad” (Sara Ahmed 2022). Pero nos interrogamos ¿Cuáles son los efectos de perseguir este ideal? ¿Qué presentaciones clínicas se derivan de ello y cómo es posible abordarlas? Sabemos que las consecuencias de la alienación frente a los mandatos de hiperproductividad, pueden traer como efecto la producción de sujetos exhaustos, ansiosos y deprimidos, y ante ello vemos el ofrecimiento de diversos remedios frente a este malestar, que van desde la indicación de fármacos al engrandecimiento del yo, pasando por la programación neurolingüística y el mindfulness. Es decir, prácticas terapéuticas que se convierten en recetas que apuntan a fortalecer la vertiente imaginaria del yo, intentando conquistar una ilusión de completud y perfección. Frente a este sistema que oferta curas rápidas en pos de conseguir una vertiginosa adaptación al mismo sistema que enferma nos preguntamos ¿Cómo es posible abordar las subjetividades cuando todo parecería apuntar a una terapéutica del yo?

La promesa de felicidad.

¿Qué podemos decir respecto a lo que orienta a la vida de los sujetos hoy? ¿Bajo qué marcos o referencias simbólicas logran encausar su presente, con miras hacia cuál futuro? Daría la impresión de que no importa el contexto donde nos encontremos, ya que alcanzar la felicidad sería aquello que hoy le da sentido, propósito y orden a la vida humana.

La promesa de felicidad, como un imperativo actual que seduce a las subjetividades, y tiende a organizar la vida de aquellas, parece advenir al lugar vacante que en otros tiempos ocuparon ciertas tradiciones, costumbres y valores.

Aparece en la cultura occidental tanto como una promesa, pero también como un imperativo, será un logro que podrá obtenerse en la medida en que, con esfuerzo, poniendo voluntad y

haciendo merito, los sujetos logren centrarse en los aspectos positivos, tanto personales como de la vida en general. A su vez, se vuelve un imperativo en la medida en que se torna una obligación, es decir, hoy sentimos y advertimos que hay un empuje hacia la felicidad, que debemos ser felices.

En este punto, una rama de la disciplina psicológica, la llamada “Psicología positiva”, describe cómo hacer para acceder a este plan, enumerando diversas actividades y elecciones para llegar a este “proyecto de vida”. Autores como Seligman M, dicen que la psicología positiva es un enfoque psicológico que estudia, las experiencias, rasgos e instituciones que hacen que la vida valga más la pena o tenga más sentido. Su objetivo es favorecer las fortalezas y virtudes del carácter humano, como el optimismo, la alegría, la inspiración, la motivación y el sentido de humor, y no sólo centrarse en la resolución de los problemas o la psicopatología como la psicología tradicional lo ha hecho. En este sentido, sería una herramienta que busca ayudar a mejorar la calidad de vida de los individuos y a desarrollar una actitud positiva, se encarga de estudiar las bases del bienestar psicológico y de la felicidad, así como de las fortalezas y virtudes humanas, determinar qué factores contribuyen para vivir una vida plena, reconociendo las particularidades que existen entre diferentes culturas.

Ahora bien, en este sentido, desde esta perspectiva el acceso a la felicidad no sería un derecho sino más bien una responsabilidad individual. Y en la medida en que alimentar nuestra propia felicidad nos permite incrementar la felicidad de los demás, tenemos la obligación de ser felices. Hoy asistimos a un fenómeno denominado “giro hacia la felicidad individual” que es promovido por discursos psicológicos y toda una cultura terapéutica, donde numerosas publicaciones, podcast, videos, youtobers, IGramers hablan sobre la ciencia y la economía de la felicidad. Sin embargo, es notorio que aquella aparece asociada a determinadas elecciones de vida y no a otras, se la concibe como algo que se desprende de SER de una determinada manera. La felicidad estaría asociada a un “tipo de ser”, y de ahí que pueda configurarse como una promesa de aquello que se recibirá por establecer relaciones correctas, acaso esto mismo sea lo que orienta a algunos sujetos a relacionarse con determinadas cosas, actividades o personas y no otras. Si la felicidad queda vinculada a una trama de relaciones impuestas, sería un premio por haber establecido los vínculos correctos y haber tomado buenas decisiones. Pero nosotros advertimos que lo problemático de ello es que al quedar imaginariamente vinculada a determinado modo de vida y de actitud frente al mundo, esto trae como consecuencia podríamos decir en principio dos cosas:

Por un lado, efectos de segregación, discriminación, e inclusive la patologización de aquellos “otros” modos de vida y de elecciones que se alejen de este programa hacia la felicidad.

Por otro lado, la opresión queda justificada, ya que los sujetos en el afán de conseguirlo lo dan todo, dado que se piensan a estas cuestiones como estrictamente individuales. Habrá que hacer más mérito o esforzarse, o hacer

más terapia, y si algunas subjetividades no lo logran, esto será considerado como un déficit, un problema meramente individual o psicológico, con el riesgo siempre latente de culpabilizar al sujeto por no haber hecho lo suficiente para conseguirlo. Pero ¿Qué sucede con aquellas condiciones materiales, socioeconómicas, de vulneración de derechos básicos que están estrictamente ligadas a la producción de padecimiento subjetivo? ¿No Son los escenarios actuales los que pueden tener incidencia en la producción de sufrimiento? Bueno, nosotros consideramos que, desde esta lógica, se produce una especie de negación y un borramiento de sentido en la medida en que algunas condiciones sociales no son tenidas en cuenta como promotoras de malestar. Creemos que la apología de la opresión culpabiliza al sujeto y la promesa de felicidad en realidad funciona para justificar un mundo cada vez más injusto. Tal vez nuestra tarea como analistas no tenga que reducirse a “rescatar a un sujeto” sino a cuestionar las estructuras y procesos múltiples que generan malestar.

Cabe la pregunta ¿Es realmente tan beneficioso ir en búsqueda de la felicidad? Como analistas, ¿Debemos ofrecer una larga lista de tips para acceder a ese programa de vida, o más bien apostar a cuestionar los efectos que produce este imperativo de “alcanzar la felicidad a toda costa”? En estos tiempos neoliberales, la hiper productividad (en la búsqueda hacia la felicidad) se torna una respuesta subjetiva que, lejos de permitir “encontrarla”, puede dejar al sujeto “consumido” bajo los efectos mortíferos que aquella le impone.

Preguntarnos sobre el alcance y las consecuencias de estos imperativos que muchas veces producen efectos enloquecedores, aplastantes y en definitiva pérdida del movimiento deseante es un primer paso, situar que esta promesa implica un nuevo modo de alienación subjetiva, tendiente a producir sujetos cada vez más individualistas, donde se observa la ruptura de los lazos colectivos, encontrando allí un nuevo propósito, subjetividades que, al estar exhaustas, ya no quieren pensar, se deprimen, no encuentran el sentido del para qué, nos conduce a interrogar si la practica analítica puede brindar las condiciones para operar desde una lógica donde se entrecruzan la historia, es decir nuestro pasado, para poder comprender las nuevas transformaciones culturales, los nuevos malestares, brindando oportunidades de separación.

Sara Ahmed y Jacques Lacan: un diagnóstico de época convergente

Como se ha mencionado con anterioridad, en su libro *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría* (Caja Negra, 2022), Sara Ahmed expone desde diversas fuentes –sociológicas, filosóficas, literarias, cinematográficas, históricas, feministas, *queers*- lo que denomina *el giro hacia la felicidad* en nuestra época: la felicidad parece dictar la organización del mundo, elevándose como objeto del deseo humano, la meta y aquello que da sentido a nuestra vida. La ciencia y la economía de la felicidad, las culturas terapéuticas y los discursos de autoayuda contribuyen a generar una “industria de la felicidad”, en la que la felicidad es algo que se produce, se consume y acumula valor como una forma de capital específica. Su tesis es que en nuestra época, la felicidad se constituye como una promesa que en un doble movimiento nos

dirige hacia el bien, al tiempo que crea la sensación de que es el bien el objeto que nos dirige en dicha dirección. En tal sentido, será necesario interrogar la relación felicidad-bien, en una tradición que sitúa esa problemática en el orden de reflexión ética que comienza con la Ética a Nicómaco de Aristóteles.

Esta “nueva ciencia de la felicidad” se apoya en la premisa de que las emociones son transparentes y constituyen el cimiento de la vida moral, por ejemplo, las psicologías positivas buscan validar sus prácticas terapéuticas en el auto-informe de sus pacientes: si algo es bueno, nos hace sentir bien, si es malo, nos hace sentir mal. La ciencia de la felicidad se funda entonces en un modelo de subjetividad en el que la persona siempre sabe cómo se siente y puede diferenciar entre emociones buenas y malas, distinción que constituye las bases del bienestar subjetivo y social. La ciencia de la felicidad se ofrece como una corrección de la tendencia de la economía a considerar indicadores socioeconómicos en favor del indicador subjetivo de la felicidad, del mismo modo que la psicología de la felicidad “corrige” la tendencia supuesta de tal disciplina a concentrarse en estados emocionales negativos, para pasar a enfocarse en aquellos afectos y emociones positivos que harían felices a las personas.

Ahmed observa que *la sentimentalización individualista de la felicidad* es un proceso histórico reciente: la asociación entre la felicidad y los sentimientos psicológicos aparece en la modernidad y se acentúa en la posmodernidad, es decir que hemos heredado la idea de que la felicidad tiene que ver con sentirse bien, hasta tal punto que el límite de la infelicidad, pensable en otras épocas, se ha vuelto impensable en sus contornos actuales. Su investigación asume la tradición fenomenológica que parte del segundo volumen de “Ideas” de Husserl (Ahmed: 64-65) desde una perspectiva que analiza y comprende metodológicamente que los sentimientos no son algo que resida en los sujetos y se mueva desde estos hacia los objetos, sino que los sentimientos son el modo en que los objetos crean impresiones en los espacios de vida compartidos (*Lebenswelt*). Su interés radica en el análisis del *proceso de atribución de valor afectivo sobre determinados objetos que crean según ella un campo de cercanía dentro del cual nos vemos direccionados por la promesa de la felicidad*: la promesa de que si seguimos tal o cual camino habremos de ser felices u obtener la felicidad como un sistema de puntos o como un bien, pensado desde la tradición que inaugura la *Eudaimonia* de la ética aristotélica. Esta promesa es el horizonte mundano o marco responsable de proximidad de lo que conceptualiza como “objetos felices”, y afecta el modo en que el mundo se organiza a nuestro alrededor, nuestro modo de vivir las expectativas y las decepciones.

Ahmed describe fenomenológicamente ese “campo de la felicidad” y sus “objetos felices” deslindando un proceso de atribución afectivo de objetos que se vuelven felices, como si la felicidad fuera algo que se sigue de su proximidad. La felicidad implica tres dimensiones: el afecto, ya que ser feliz es sentirse *afectado* por algo, la intencionalidad, puesto que ser feliz es ser feliz por un *algo* y la evaluación o juicio por el cual ser feliz por algo hace que ese algo sea *bueno*. Así la felicidad es un campo promisorio que crea sus objetos y estos circulan acumulando valor afectivo como bienes sociales dentro de una economía a la vez afectiva y moral.

Resulta muy interesante su articulación del funcionamiento de la economía de la felicidad con la experiencia del mandato moral, con la minuciosa descripción de los procesos de adquisición de los buenos hábitos que permiten el encuentro de los objetos de gusto o placer: *esta experiencia implicaría, según Ahmed, la incorporación de la libertad como voluntad de determinación de los hábitos de gusto y por lo tanto una voluntad de regulación subjetiva del deseo, que permitirá concebir a la felicidad no solamente como aquello que se desea sino también como aquello que se obtiene a cambio de desear de la manera correcta*. Por otro lado, el concepto de “objeto feliz” implica una literalización del afecto que se convierte a su vez en una literalidad de la economía moral: es decir que damos por sentado que algo habrá de sentirse bien porque es bueno y que si lo sentimos bien, somos buenos. Por esa literalización moral, nos vemos afectados de buena manera por aquello a lo que se atribuye ser bueno y de esa relación resultamos alineados-con-las-cosas-de-la-manera-correcta, en una dirección, que como indica Lacan, convoca al bien engendrando un ideal de conducta (Lacan 1960: 11).

Por su parte, Lacan relaciona la promesa de la felicidad con la demanda de felicidad en la práctica del psicoanálisis. Se nos demanda la felicidad, dice, no el fin del análisis, suponiendo que el analista podría darla si fuese un hombre feliz (Lacan 1958: 594-595). Para Lacan, la problemática de la felicidad debe situarse en el orden de la reflexión ética, que se inscribe, como indica Ahmed, con la *Ética a Nicómaco*, obra inaugural de Aristóteles en el campo ético. Señalando cierta decadencia de la especulación analítica sobre la acción ética, que se manifiesta en la moralización del psicoanálisis, en el problema de la comprensión, en la derivación conductista de sus metas y también en la psicologización de su práctica. Por ello será necesario considerar en qué consiste la acción de la cura en el plano ético en relación con la radicalidad de la demanda analítica. La acción de la cura propuesta por Lacan implica entonces: la acomodación de la acción de escuchar con la demanda, la demanda radical como motor de la transferencia apoyada en la frustración del oyente, la respuesta del analista a la demanda teniendo en cuenta la posición de la transferencia y una dirección práctica como salida de la neurosis de transferencia.

Esa demanda de felicidad depende para Lacan de una época histórica en la que la medida de la felicidad se ha complicado porque se ha convertido en un factor de la política. Por esta complicación que caracteriza a la modernidad, la cuestión de la felicidad no tiene solución aristotélica posible en la línea de la virtud. El psicoanálisis surge en tal contexto, como una respuesta freudiana a la demanda de felicidad o bien como respuesta a su promesa, lo que plantea en ese nivel el problema del ser del analista. La práctica del psicoanálisis aparece con Freud definida por el malestar del deseo, que Lacan entiende es una consecuencia directa del malestar específico del sujeto de la ciencia. Ese malestar se caracteriza por un alejamiento respecto de la problemática de la felicidad como función de la virtud, es decir que vivimos en una época de corte respecto de lo que Aristóteles trazaba en la suya como una disciplina de la felicidad que le permitiría al hombre elegir la virtud como objeto del bien feliz siguiendo el camino recto.

En contraposición, el paso dado por Freud en el campo de la ética es mostrarnos que no existe el soberano bien a nivel del principio del placer (Lacan 1960: 88). Teniendo en cuenta este vec-

tor epocal de la demanda de felicidad en relación con la ley moral o conciencia moral, siendo el otro vector a considerar el de la sublimación (*Sublimierung* freudiana), Lacan articula la razón del malestar moderno y posmoderno en relación con el deseo como metonimia del discurso de la demanda, es decir, con ese carácter metonímico que problematiza como “el cambio como tal”, esto es: es un deseo que no es por un nuevo objeto, ni tampoco por el objeto anterior, sino que es el cambio del objeto en sí mismo (Lacan 1960: 348-349).

El problema del análisis reside en que el sujeto ha de reencontrar en su relato el deseo del Otro por el intermediario del deseo del analista, que está supuesto en la demanda de análisis (Lacan 1959: 536-537). El analista debe recordar que se encuentra en posición de responder a quien le demanda felicidad, pero sabe que esta cuestión, en nuestra época, se planteará como una cuestión cerrada (o imposible, como diría Ahmed). El resorte de la dirección de la cura es la situación por la cual el analista se ofrece como soporte de la demanda sin responder a ninguna de ellas, dando lugar al campo de una demanda radical y su transferencia primaria, que permite la regresión de la demanda hasta el fondo del fondo de la primera infancia (Lacan 1958: 596-597). Por esa vía, la problemática del deseo aparece con carácter de novedad al separarse de los efectos de la sugestión y articulándose como lugar en relación con el campo del deseo del Otro.

Bibliografía

Ahmed Sara: *La promesa de la felicidad, Eterna cadencia, Buenos Aires, 2022*

Aristóteles: *Ética nicomáquea, Tomo III, Editorial Gredos, Madrid, 2011, Traducción y notas de Julio Pallí Bonet*

Lacan Jacques:

-----*La dirección de la cura y los principios de su poder, Escritos 2, Siglo 21, 1985*

-----*El Seminario, Libro 6: El deseo y su interpretación, Paidós, Buenos Aires, 2014*

-----*El Seminario, Libro 7: La ética del psicoanálisis, Paidós, Buenos Aires, 1987*

Pereson Flavio: *Vivir, curar y enfermar por las palabras. EDULP. 2020. UNLP.*

Seligman Martin. *Prefacio y Cap. 4. ¿se puede ser feliz en forma duradera? En La auténtica felicidad. Editorial Zeta. 2003*